

# REDUCCION DE SALVAJES.



## MEMORIA

RESPETUOSAMENTE OFRECIDA AL

EXCMO. Sr. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

A LOS ILLMOS. SEÑORES

ARZOBISPOS Y OBISPOS DE COLOMBIA,

A LOS SEÑORES

Gobernadores de los Departamentos

V A LA

ACADEMIA DE LA HISTORIA.



# REDUCCIÓN DE SALVAJES.

---

(PARA «EL TRABAJO»).

Memoria respetuosamente ofrecida al Excelentísimo Sr.  
Presidente de la Repùblica, á los Ilmos. Señores  
Arzobispos y Obispos de Colombia, á los Señores  
Gobernadores de los Departamentos y á la  
Academia de la Historia.

---

## I.—UNA CUESTIÓN HISTÓRICA Y UNA LEY SOCIOLOGÍCA.

Siempre ha sido para mí un punto de meditación algo más que curioso, de gran importancia, saber cuándo y cómo el conquistador español obligó al indígena poblador de las mesas de Cundinamarca, Boyacá y Santander á abandonar el chibcha, su idioma nativo, para aprender el castellano, lo que ocurrió también en Pasto y en muchas otras partes del país. Me permito invitar á mis colegas de la Academia de Historia á dilucidar la materia, si es que ya no lo está, determinando las ordenanzas que al efecto se dictaran, los medios de que se valieron los encomenderos, los curas de la doctrina y los religiosos para realizar el cambio; si él se produjo violentamente en una sola generación ó fue obra lenta que durara un período más largo; y hacia qué época las lenguas primitivas quedaron extinguidas.

Conozco la raza india de Guatemala. Sobre un millón trescientos mil habitantes, los ochocientos mil son indios puros que no hablan castellano sino cuché, catehíuel ó zutohil, y que se encuentran en un estado muy vecino del de la esclavitud: no es raro que las haciendas se vendan enumerando los indios de que disponen junto con las cabezas de ganado que entran en el negocio. Hacen parte del fondo como verdaderos ciervos de la gleba, y no son libres para romper el vínculo que los liga á la

propiedad, pues las autoridades los vuelven á ella después de castigados. Desde chicos llevan el *mecapal*, tira de cuero ceñida á la frente para cargar pesos á las espaldas, lo que les deprime la parte frontal del cerebro; trasmitida luégo por herencia la deformación, me doy á pensar que ha de influir mecánicamente en el atraso del pobre indio, como en lo moral la servidumbre y en lo mental la falta de instrucción.

Lo cierto es que mientras ese estado de cosas perdure --y llevando ya más de tres siglos y medio, no tiene trazas de variar.— Guatemala sólo puede ser una República en el nombre, pues mal puede otorgar intervención en el Gobierno á una masa tan enorme de naturales incompetentes para el ejercicio de los derechos de ciudadanía. Es muy triste el destino actual del indio guatemalteco, y su destino futuro no puede ser otro que el de desaparecer.

No son mejores la situación y la suerte del indio ecuatoriano. Continúa hablando quichúa y continúa también siendo siervo. No parece siquiera que entre las dos faces del fenómeno existiera relación de causa á efecto, ó por lo menos ligación estrecha. Léanse trabajos como el del Dr. Martínez, ex-Ministro de Instrucción Pública, sobre la posición social del indio, y se sentirá lástima, á la vez que cólera. Basta saber ac más que el indio hereda la deuda del padre en la hacienda y pasa toda su vida trabajando en ella, sin alcanzar á pagar; muere debiendo y por todo legado á sus descendientes, les deja la misma deuda ó una mayor. En las enormes fincas que poseen las órdenes religiosas en el Ecuador, donde todavía no se ha hecho la desamortización, los indios están sujetos al mismo régimen, y el Gobierno liberal allí entronizado hace doce años, poco ha hecho para redimir al indio, fuera de un accidental perdón de deudas, decretado por el General Alfaro. El Legislador se ha limitado á reconocer la inferioridad del indio puro, para eximirlo del servicio militar, tal vez no tanto para aliviarlo de una nueva carga como para no descontentar á los señores feudales, sustrayén-

dóles el ganado humado de cuya explotación viven. Solamente el cholo, mestizo de indio y blanco, entra bajo banderas.

Podría pensarse que dejar al indio su lengua es suministrarle un instrumento de defensa contra la dominación del blanco, pero lo que sucede es todo lo contrario: en el Ecuador los amos son los que se oponen á que el indígena hable castellano. Conservándoles el quichúa, que ellos aprenden, lo emplean como instrumento de esclavitud. El castellano sería para el indio un medio de liberación, porque le facilitaría la comunicación con las demás gentes y un mejor conocimiento de las cosas.

Por desventajosa que sea la condición de los descendientes de los antiguos quillacintas, basse del pueblo en el Departamento de Nariño, y de los nietos de los muiscas de Cundinamarca y Boyacá —y es evidente que mucho falta por hacer para elevarlos en la escala social— no hay punto de comparación con el indio del Ecuador y de Guatemala. Entre ellos y los nuestros hay un espacio como de dos siglos de civilización. Es que los nuestros, hace eso y más que sólo hablan castellano. Creo, por tanto, incalculable el bien que les hicieron los que los forzaron á prescindir de sus dialectos bárbaros, y que debe considerárseles como benefactores del indio, cualquiera que fuese su intención. ¿Quién podrá medir la influencia progresista que en casi cuatro siglos haya podido ejercer este hecho colossal de poseer una lengua perfecta? Los que saben cuán estrechamente está ligada la idea á la palabra, á tal punto que no puede concebirselas separadas, saben también que los vocablos suscitan las ideas, suministrando la expresión exacta y el vehículo de su movimiento; y que no es lo mismo trabajar el pensamiento con una mala herramienta que con otra buena. Nadie podrá jamás determinar con precisión la clase de modificaciones que en tan largo ~~largo~~ de tiempo ha debido producir en el cerebro del indio la honda labor del castellano. Apenas por comparación podemos apreciarlo, viendo cómo en nuestro mismo país, tribus á quienes se de-

jó su dialecto original, y que viven cerca de centros poblados, se hallan en el mismo estado salvaje del período de la conquista.

Mientras que el indio de Boyacá, Cundinamarca y Santander, el de Antioquia y el del Cauca, ya fue base de los ejércitos que pelearon por la independencia y que después han servido en las luchas de la República, ni el indio ecuatoriano ni el guatemalteco sobresalen en su actitud para soldados; y para las artes de la paz y el ejercicio de la ciudadanía, las disposiciones de nuestro indio son en mucho superiores. Esto quiere decir que Colombia tiene andado más camino para llegar á ser una República en el hecho: con dos ó tres generaciones más que hagamos pasar por las escuelas, estaremos muy próximos al planteamiento del Gobierno por el pueblo, que mientras tanto dista poco de ser una mentira convencional.

No conozco al indio de las mesas interandinas del Perú y Bolivia, pero me basta saber que conserva el quichúa y el almirá para explicarme su inferior estado de evolución; y si el del Paraguay no es tampoco de los más avanzados, se debe en parte, á mi entender, á la conservación del guaraní como lengua corriente, no obstante ser rica y flexible. En Chile y Argentina están para desaparecer los últimos restos de los araucanos y de los pampas y patagones, como en los Estados Unidos los pieles rojas, los sioux y los apaches: la razón del hecho no se halla tanto en lo belicoso é irreductible de esas tribus como en que ellas conservaron siempre sus idiomas respectivos. Opuestamente en México, donde coinciden los dos hechos de la subsistencia de los aborígenes hablando castellano como lengua general.

Muchos otros casos análogos en América y fuera de América podría citar, pero pienso que estos son suficientes para formular una conclusión con carácter de ley:

*El constante testimonio de la Historia y el de la experiencia contemporánea demuestran que donde quiera que una raza civilizada se pone en*

*contacto con una raza bárbara, se plantea ipso facto este dilema: la primera se ve forzada á exterminar ó esclavizar la segunda, ó á enseñarle su lengua.*

Ahora bien para que el salvaje, que no sabe leer ni tiene conocimientos filológicos, aprenda la lengua superior, se necesita que el civilizado, que sí sabe leer y en quien deben suponerse esos conocimientos, habilite para ello al salvaje, por medio de intérpretes que, conociendo la lengua de él, puedan enseñarle la otra. Sin esperar el resultado de la investigación que insinúo á la Academia de Historia, puedo asegurar que no fue otro el sistema que el conquistador español adoptó en Colombia para seducir á la raza india, y que á eso debemos su conservación.

## II.—SALVAJES COLOMBIANOS.

La mayor parte de los colombianos tiene sobre el país una gran copia de ideas falsas y de ignorancia. A excepción de algunos viajeros y hombres de letras, la mayor parte cree que salvo las mesas interiores, todo el territorio nacional se compone de florestas mortíferas, habitadas por fieras y serpientes, cuando la verdad es que abunda en sabanas libres y que los mismos bosques no todos son enmarañados, sino fácilmente transitables, aun á caballo, y bastante salubres. Otro error generalmente difundido es el de que la población salvaje se compone de pequeñas tribus de á lo más 100 ó 200 individuos, cuando lo cierto es que existen poderosas naciones indígenas mal conocidas, como desconocidas son las sociedades donde vagan. No digo yo que la población indígena sea densa en parte alguna, pero sí que es menos rarefacta de lo que comúnmente se imagina.

Durante mis viajes y campañas he llegado á ponerme en relación con varias de las tribus que aun existen en Colombia, y así puedo localizar su residencia y calcular aproximativamente su número.

Si tomamos de Occidente á Oriente, en la parte septentrional de la República, desco-

tando los guaimíes que viven sobre la cordillera entre Boacas del Toro y Chiriquí, y que pueden ser unos 4.000, y una parte (1500) de los cunas del Payamo y Cucunaque, en el Istmo de Panamá, por si definitivamente lo perdiéremos, debemos incluir en la cuenta otros cuatro grupos de cunas: el de las cabeceras del Tuirá, unos 1500; el de la cordillera del Darién á Urabá, que algunos estiman en 20.000; el de la Costa Caribe de la boca del Atrato hacia San Blas, indiscutiblemente colombiana, 8 á 10.000, y el de la cordillera intermedia entre el Atrato y el Sinú, otros 10.000.

Siguen los arnacos, sobre la Sierra Nevada, tal vez 5.000, y los guagiros, calculados en 20.000. Los motilones habitan una extensa región que va por sobre la cordillera de Perijá por el Norte hasta la Guajira, toca á Occidente con Valledupar,cae á Oriente por el Catatumbo, se acerca por el Sur al Zulia, Sardinata y Tarra, y rodea las poblaciones de la Provincia de Ocaña. Nadie sabe si tan gran territorio lo tienen densamente poblado ó si sólo lo ocupan recorriéndolo como nómadas, pero no sería exagerado calcular los motilones en 15.000.

Vienen luégo los tunebos, unos 3.000, en la falda oriental de la Sierra del Cocuy, entre Güicán, Chitagá, Labateca, Tame, Lope y Chita; los guahibos, sálivas, achaguas, yaruros y eulotos, entre Orocué y Arauca, sobre el Casanare, el Pauto, el Ovo, el Cusiana, el Ele y el Lipa, y á lo largo del Meta, por la ribera izquierda, quizá otros 15.000; Meta abajo, por la ribera derecha, los fiampecos, cuando más 2.000; entre el Meta y el Orinoco, sobre el Vichada y el Guabiare, los cuibas feroces y otras tribus cuyo número es importancia, es difícil fijar, pero atento á lo enorme de la cosca y á la bondad de su clima, no serán menos de 25.000.

En el Guinía ó alto Río Negro, sobre la cordillera divisoria de sus aguas con las del Vaupes, y sobre este río, en el Caquetá, el Putumayo, el Napo y sus innumerables afluentes, esto es entre la cordillera oriental y las fronteras con Venezuela, Brasil y Ecuador, existe tal confusión sobre la nomenclatura de las tribus y

sobre los nombres de cada una, que ni por aproximación pueden determinarse guarismos seguros. Hay quienes hablan de 300.000 salvajes en esa inmensidad; hay quienes sólo le dan 60.000 y entre esas dos cifras tan apartadas, no hay criterio aplicable para acertar con verdad. Pero adoptando una estimación prudente por promedio, pongamos que sólo sean 150.000, siendo los principales los catijonas, cuitotos y cereguajes.

Finalmente, para cerrar el círculo, hacia el bajo Chocó, del Mara al Dagua, ven unos 6.000 indios de diferentes tribus, y en el alto Chocó, por el San Juan y la cordillera de Baudó, unos 5.000.

Como se ve, la población cristiana posee apenas una reducida porción de la parte central de esa enorme área llamada Colombia; casi toda la circunferencia está en poder del salvaje, que posee también las regiones más肥iles, y á excepción de los aruacos y guagiro, los cursos de los ríos más navegables, en cada una de cuyas cuencas cabría holgadamente una monarquía europea.

Aunque los sebondoyes, andaquíes, timbíos é indios de Tierra-adentro, descendientes de los antiguos paeces, y otras tribus de la cordillera Central, ya en sus vertientes al Cauca, ya en las del Magdalena y del Caquetá, viven entre poblaciones civilizadas, tampoco se ha procurado educarlos, que bien pueden incluirse entre los que necesitan ser reducidos, y que no rebasarán de 25.000.

En todo el medio del país, sobre el Carare y el Opón viven los yonguies, de nadie conocidos, y que no pasarán de 4.000, divididos en dos grupos. En Antioquia quedan á Occidente los indios de Caraúta y Río verde, descendientes de los catíos y nutabes, en número de 2.000 ó más; cerca á Andes y Jardín, los carimantas, unos 1.000; y vecinos á Ríosucío, los chamíes, 1.500.

En total, 321.000 salvajes, ó sea, para emplear números redondos y moderar el cálculo, 300.000, es decir el 6% ó la 16<sup>a</sup> parte de la población del país.

### III.—NECESIDAD Y CONVENIENCIA DE LA REDUCCION.

Pero en cuanto á la extensión de territorio que esas tribus ocupan, ya dije que es más de la mitad, quiza las dos terceras partes del de la Nación, siendo en realidad de poco más de la otra tercera lo que realmente dominan los civilizados. De manera que en la mayor porción del suelo patrio no pueden establecerse pacíficamente familias nacionales ó extranjeras sin exponerse á los ataques de los bárbaros. De donde se deduce que domesticarlos, ó lo que es lo mismo, hacer que nos entiendan, equivale á verificar la conquista de un territorio casi del tamaño de Europa y con certeza más rico.

Como alguna vez lo expuse: dividimos nuestra Historia en tres períodos, Conquista, Colonia y vida independiente, suponiendo pretéritos los dos primeros y completo el último. Pero es un engaño patente ó meros modos de decir: no hemos acabado de conquistar el suelo, apenas si hemos empezado á colonizarlo, y en cuanto á independencia, si acaso tenemos la política, carecemos de la económica, quizá más importante. Nuestra nacionalidad está en vía de formación.

El complemento de la conquista, de que estoy hablando, vale por sí solo millones, pues con ella conseguiríamos convertir de nominal en real la posesión de la tierra—único título que hoy se respeta, desde qu los hechos y la fuerza se están sustituyendo al derecho—y consiguiríamos también 300.000 trabajadores aclimatados, los más útiles para la clase de industrias que por muchos años todavía serán posibles en nuestro país: las extractivas y la pastoral.

Un ejemplo tenemos á la vista: la población indígena del Putumayo y del Caquetá se emplea en la extracción del caucho y de otros productos naturales, por valor de varios millones de pesos oro anuales, y aunque es cierto que eso ni directa ni indirectamente aprovecha al país, sobre todo desde que la casa Arana, del Perú, logró hace poco completar la absorción

de esas comarcas, eliminando todo elemento colombiano, siempre es un caso notable é instructivo del modo como puede utilizarse al indígena, sin necesidad de retirarlo de sus bosques. Los peruanos sólo tienen en mira el negocio, y claro es que desde ese punto de vista sus relaciones son más dañinas que provechosas á los salvajes, ya porque los engañan vilmente en los tratos, ya porque los habitúan al alcohol, ya porque los hacen matarse entre sí y ya porque los reducen á la esclavitud, arrebatando á esos hijos de Colombia para mandarlos á Iquitos y otras colonias usurpadas donde son vendidos. Cuando al interés pecuniario y de mera explotación agregue el verdadero soberano los cuidados de la educación religiosa, mental é industrial y los de la defensa contra el raptor forastero, difícil será reducir á guarismos aritméticos las ventajas morales y materiales que la nación obtendrá.

Si en el Caquetá no fuera por los aborígenes, no se extraería el caucho, ó se extraería en cantidad insignificante. En esa explotación, como en la de otros productos, ya conocidos unos é ignorados otros, el hombre propio es aquel que por el mismo atraso de su civilización, posee todavía los hábitos errantes que esas industrias exigen. Así como la índole aun libre de grandes exigencias, es la calidad más útil del soldado de nuestros ejércitos—que ni calzado ni cámara pide, que sabe ir medio desnudo por páramos helados y valles ardientes, que duerme á la intemperie, que en su frugalidad se contenta con poco y mal preparado alimento, y que con todo eso, soporta bien las fatigas, hace largas marchas y se bate admirablemente—así también esa misma inexigencia de comodidades es condición indispensable para la elaboración de la riqueza nacional, en cuya adquisición no alcanzaremos victoria sino solicitándola por medios adecuados.

Ni es sólo la conquista pacífica de inmensos territorios y de considerable número de brazos útiles lo que se lograría con la reducción. Hay serios peligros que evitar y altos deberes patrióticos que cumplir. Por haber descuidado la

asimilación metódica de los araucanos, debió Chile mantener en pie de guerra durante más de 200 años—período que se cerró hace poco—ejércitos costosos, para sostener la lucha con esa belicosa raza, cuyos malones causaban cuantiosas pérdidas de vidas y riquezas. Más de una vez se vio la República Argentina en serias dificultades, en la brega con los indios, no siendo posible sumar los valores destruidos y las vidas humanas extinguidas por ellos, así como los gastos que fue y es aun preciso hacer para movilizar las tropas destinadas á batirlos. En Perú, Bolivia, Guatemala y Estados Unidos, sucedió y aun sucede otro tanto con las tribus no sometidas.

Es, pues, un cuádruple fin el que con la reducción debemos realizar: llamar á la civilización cristiana considerable número de seres humanos privados de sus luces, sacar ventajas del suelo aún ocupado por las razas autóctonas, utilizar á éstas y prevenir futuras complicaciones que si no conjuramos desde ahora, por fuerza habrá de sobrevenir. Desgraciadamente, las tribus de que más debemos temer están: hacia las fronteras de los países vecinos: los eunás junto á la de Panamá (si es que al fin hemos de reconocer su independencia), los guagiros y motilones junto á la de Venezuela, y las tribus del Caquetá en el territorio que nos disputan el Brasil, Ecuador y Perú. Esta circunstancia debe redoblar nuestra atención siendo colombianos esos indios, tenemos obligaciones de protección para con ellos, impidiendo que se les asesine, explote, corrompa y exclavice por extranjeros desalmados, como actualmente sucede. Y nada tendría de sorprendente que si nuestra negligencia continúa, se empleara esas tribus contra nosotros y nuestra soberanía, de lo cual hay también algo más que indicios.

Evidentemente, el hecho de la existencia de 300.000 bárbaros, dominando la mayor parte del territorio colombiano, donde no puede penetrar la civilización, por el obstáculo que le oponen esos miles de salvajes, muchos de ellos aguerridos y que no entienden nuestra lengua,

pudiendo hacer, como ya sucede, irrupciones contra los cristianos, es un embarazo para el progreso y un peligro que crecerá en razón directa de la multiplicación de los indios. Repito que la cuestión no versa únicamente sobre la utilidad que de ellos podamos sacar, sino también sobre los riesgos y gastos que se nos impondrán si no cuidamos de amansarlos desde ahora. Abandonados á su natural desenvolvimiento, no tardará el día en que tengamos que derramar su sangre y la nuestra para contenerlos. Los perjuicios y perturbaciones sociales que provendrán de esos conflictos, inestran que todo esfuerzo que hoy se haga para asimilar el salvaje á nuestro estado social, será reproductivo e incomparablemente menor si por no prestar atención al asunto, nos viéremos forzados á exterminarlos sin contar lo inhumano de esa obra y lo perjudicial que es destruir población en un país que la necesita tanto.

#### IV.—MÉTODO DE REDUCCIÓN.

Para que sea eficaz la máquina de reducir indígenas, debe componerse de tres piezas, cada una de las cuales, obrando aisladamente, no da resultado:

*Colonia militar*

*Cuerpo de intérpretes*

*Misionero*

La primera se necesita para la seguridad de las otras dos y para infundir el respeto y la confianza que proceden de la posesión de la fuerza ante salvajes que la estiman en mucho. Desdeñan al inerme y se sienten inclinados á abusar de su debilidad. El misionero solo, con toda la santidad de las leyes de la religión, por hábil que sea y por muy buena conducta que observe, de poco servirá si no domina la lengua en que ha de predicar la regeneradora moral del cristianismo, y si carece del amparo y refugio de la colonia militar, contra las veleidades agresivas del indio.

Los destacamentos deben componerse de voluntarios casados, que vayan con sus familias y á quienes se pague puntualmente una razonable gratificación. Los propios soldados levan-

tariáu las casas de la colonia y recibirían una base de ganados y lotes de tierra en propiedad, de suficiente extensión, para cultivarlos personalmente; abrirían caminos, y si el núcleo era á la orilla de algún río navegable, deberían disponer de embarcaciones. La iglesia podría tener forma de fuerte, si no se quería construir uno especial, en caso necesario.

La dirección de las colonias debería confiarse á oficiales distinguidos, enérgicos y juiciosos, capaces de practicar exploraciones y de atender á las vías de comunicación, al reconocimiento de las riquezas vegetales y minerales, á la protección de las fronteras y á operaciones de topografía y agrimensura, encaminadas á preparar el suelo para fijar las tribus y la innigación extranjera. La localidad de la colonia habría de ser cuidadosamente elegida, en lugar sano y propio para convertirse en una población. A la colonia podría agregarse un médico y un inspector encargado de vigilar el comercio con los indios y su empleo como jornaleros, á fin de protegerlos contra engaños y abusos. De la buena elección del personal dependerá en un todo el éxito de cada tentativa.

El cuerpo de intérpretes, á cargo del misionero y de maestros civiles que les enseñasen oficios, y que podrían ser miembros de la misma tropa, se formaría, como lo indicaré en el capítulo siguiente, con niños de la tribu, obtenidos por las buenas, ya voluntariamente cedidos por sus padres ó ya apelando en último caso á comprarlos, si para ello se prestaban.

Quizá sólo sean ilusiones mías, pero considero suficientes quince años de práctica asidua é inteligente de este sistema para enrolar en la existencia social y económica del país todos nuestros indígenas y las grandes comarcas que habitan; y si ese no es un triunfo digno de nuestros hombres de Estado civiles y eclesiásticos, declaro no saber ya más de objetos nobles á qué dedicar las facultades con que los dotaron la Providencia y el pueblo.

V.—ASIMILACIÓN DEL SALVAJE POR MEDIO  
DEL INTÉRPRETE.

La experiencia de todos los pueblos y la nuestra propia, enseñan que desde el momento en que se consigue que una nación bárbara entienda la lengua de la nación cristiana que se le pone en contacto, aquella se asimila á ésta. La ley de la perfectibilidad humana tiene el mismo carácter de inflexible que la ley física de la gravedad de los cuerpos. Desde que el salvaje, con la posesión del idioma, adquiere la posibilidad de comprender lo que es civilización, la absorbe con la misma fuerza con que la esponja seca imbibé el líquido dentro del cual se pone. Los hombres feroces y temibles cuando no entienden nuestra lengua son de una docilidad quasi infantil desde que comprenden lo que les hablamos. Es que para el salvaje, el que habla su lengua es su pariente y por tanto su amigo. Observa Max Müller que los civilizados difficilmente podemos darnos cuenta de toda la influencia que ejerce sobre las sociedades bárbaras este admirable instrumento de las lenguas. Como el salvaje no tiene idea alguna del arte de escribir y no comprende ningún método de aprender una lengua sino aquel mismo por el cual adquirió la suya, esto es por la enseñanza maternal y de familia, de ahí deduce que el blanco que le habla en su idioma tiene que ser su pariente, y que fue desde la infancia y entre la gente de su tribu donde aprendió á hablarla. Por eso son tratamientos familiares los que entonces le da: hermano, cuñado, compadre.

Mas, si reputa de su sangre y como su amigo al que le habla en su lengua, así también considera como su enemigo al que no sabe dirigírselle usando de ella. ¿Ni qué mucho que esta sea la lógica oscura del salvaje si, como nota el mismo Max Müller, entre los pueblos europeos la palabra que traduce la idea de *enemigo* es la misma que significó primitivamente *aquel que no habla nuestra lengua?* Así mismo el vocablo para designar la lengua propia denota á veces la idea de que las otras no son lengua de gente. Hay que recordar que el sal-

vaje crece y vive guerreando con las tribus vecinas que no emplean su dialecto, y que todo encuentro en las selvas con individuos de esas tribus, representa un peligro que despierta su odio. El extranjero que no sabe hacerse entender, ha de pertenecer á una de esas tribus, sus enemigos mortales. En cambio, quien habla su lengua puede tener la casi absoluta certidumbre de que su vida no corre ningún peligro entre los salvajes y que, al contrario, ellos procurarán obsequiarlo. Esta singular psicología de los bárbaros está abonada por el testimonio de todos los que han vivido y tratado con ellos, sea cual fuere el lugar ó la época.

Fue partiendo de estos hechos importantísimos como los jesuitas de los primeros tiempos de la conquista de América amansaron indios por centenares de miles. Su secreto consistió en asentar la catéquesis sobre la base del intérprete. "Tribu donde haya una lengua, tribu mansa," decía en su conciso lenguaje el Padre Montoya, en sus instrucciones para los colegios de intérpretes del Paraguay, y es fama que experimentó la verdad de su máxima reduciendo él solo más de cien mil indios y siendo el misionero que en su tiempo habló mejor el guaraní. Este solo hecho torna evidente el inmenso poder del hombre civilizado delante del bárbaro, desde que el primero se haga entender del segundo por medio de intérpretes y mucho mejor directamente.

Toda la historia de la humanidad atestigua que la trasformación de los pueblos sólo se ha efectuado á impulsos de hombres de su propia raza. Supongamos en plena aplicación el sistema que recomiendo; figurémonos que en cada tribu hay diez ó más personas que hablen castellano; que, si es posible, sepan también leer y escribir, y que —indígenas por la sangre— sean cristianos por las ideas y colombianos por los sentimientos y la educación. ¿No es muy probable que esa tribu, bajo el influjo de los miembros que están en su seno y que la empujan á salir de la barbarie selvática para entrar en la civilización, se trasforme rápidamente, sino del todo, por lo menos lo bastante

para comenzar á ser útil?

Toda tentativa para atraer indios que no tenga por base hacer que comprendan las ventajas de la civilización, tomando por punto de partida la enseñanza del castellano y la educación gradual, es un pecado contra el sentido común, que clama al cielo. Pero cómo enseñarles castellano? No de otro modo que como lo hicieron los antiguos jesuítas: comenzando por aprender las lenguas salvajes. Esos hombres sensatos armaron esta sorites, no en discusión escolástica, en los claustros de sus conventos, sino sobre el terreno: "Sin el conocimiento de dos lenguas, es imposible enseñar una; sabemos leer y escribir y los salvajes no; poseemos hábitos de reflexión y estudio y los salvajes no; luégo antes de exigir que aprendan castellano, debemos nosotros aprender su dialecto; luégo formando muchados indígenas que lo hablen, y también español, ya hombres serán escuelas vivas, porque poseyendo los dos idiomas, será: el eslabón que ligue las dos razas. Un salvaje que habla castellano vale por diez bozales y se convertirá en catequista, sirviendo al mismo tiempo los intereses de la industria y del comercio, que siempre fueron los mejores auxiliares de la fe y la civilización."

Si los modernos jesuítas razonasen y obrassen de este modo, habrían de alcanzar tan larga veneración como gozaron los antiguos. Por ahora, no me consta que sean muchos los de su orden y de las otras establecidas en Colombia, que se ocupen en estudiar idiomas salvajes. Sabrán latín, griego, hebreo, sanserite y otras lenguas muertas, pero pocas ó ninguna de las vivas usadas entre los gentiles colombianos, y quizá hasta ignoren los nombres de los libros de sus antecesores, donde puedan adquirir esos conocimientos.

Sin embargo, nada que el gran Apóstol San Pablo y San Ignacio de Loyola, aconsejaran con más energía que la conversión de los gentiles; pero convengamos en que el fervor de los pasados siglos ha disminuido mucho en el presente, en que no abundan la vocación por el martirio ni la materia prima cano-

nizable ó beatificable. Establezco el hecho sin la menor intención crítica, ó si la hubiere, irá contra el espíritu del tiempo, no contra los hombres.—Sólo á esa causa puede atribuirse que á dos leguas de Bogotá, capital de la República y Sede arzobispal, y á un día de Chiquinquirá, cabecera de Prefectura y residencia de gran número de religiosos, existan tribus como la de los yorigués, á la izquierda del Minero, secuestrados en absoluto del trato con el mundo y privados de las luces del cristianismo. Es que la época no es de entusiasmo religioso. Los confesores de la fe que, cruz al puño, se iban á los reductos de los antropófagos y sucumbían, víctimas de su dedicación evangelizadora, viven hoy solamente en las leyendas gloriosas del martirologio. Con cortas y honrosas excepciones, este período es de tibieza por la creencia que se inició con el sacrificio del Gólgota.

Los diarios de este país registraron no hace mucho el caso de unos religiosos enviados por el Gobierno á reducir los salvajes del Tocantius, y que sin llegar hasta ellos ni verlos de lejos siquiera, se volvieron, dejando colgados de los árboles los rosarios de cuentas, espejitos y demás bujerías destinadas á los presuntos catecúmenos, y que recogería el primer *seringueiro transcúnte*. Peña da decirlo, pero el sentimiento que guió los pasos, ó mejor dicho la carrera de esos padres y que les hizo abandonar la tarea antes de comenzarla, así como el de los que no llegan á emprenderla, es el miedo; pero miedo perfectamente explicable, dada la tendencia del actual ciclo de la humanidad, cuyo carácter es imposible mudar. Cada uno es el hombre de su tiempo, y en igual coyuntura, los laicos no habrían procedido de otra manera. Esto lo que quiere decir es que el solo misionero, por muy animado del espíritu evangélico que se les suponga, ya hoy no basta para reducir indígenas. No puede exigírsele que sea él solo quien se exponga, ni es de esperarse que él solo, con la mera predicación de la palabra divina, vaya á los montes y traiga á los bárbaros para convertirlos en ciu-

dadanos colombianos, introduciéndolos en la comunión social. Necesita apoyarse en la colonia militar y en los intérpretes.

No de otro modo hicieron y mantienen Inglaterra y Rusia sus conquistas en Asia y adelantan la labor colonizadora las demás potencias en África. Donde ese sistema no se ha adoptado, el conflicto de las dos razas puestas en presencia ha sido fatal. Vuelvo á decirlo: en esos casos el dilema es inexorable: ó intérprete ó derramamiento de sangre. No hay término medio: ó se extermina al salvaje —en lo cual el civilizado consciente se muestra más bárbaro que el bárbaro— ó se le enseña la lengua por el intermedio de la suya, hecho lo cual queda incorporado á la sociedad, aunque solo más tarde se le civilice. A continuar como vamos, por no escuchar los dictados de la razón y de la caridad, la destrucción de la infeliz raza india quedará terminada en treinta años, y entonces se habrá convertido en pavorosa realidad la frase del inglés Paw: "Poco más existe de la antigua América que el cielo, la tierra, el mar y la memoria de sus espantosas desgracias."

Cuando Cristo dio á los Apóstoles la misión de llevar al través de las tinieblas del mundo la religión de paz y amor, y para que pudiesen hacerlo les dijo: "El Espíritu Santo descenderá sobre vosotros y os dará el dón de lenguas," quiso sin duda decir que el intérprete es el intermediario y vínculo de unión indispensable entre una raza civilizada y otra bárbara y que sin él es imposible producir la assimilación de las dos. Desde entonces no es una simple máxima, es un deber impuesto por el Evangelio: para atraer los gentiles hay que aprender primero su idioma. Luego, crear en Colombia cuerpos de intérpretes destinados á enseñar el castellano á los salvajes, lengua que ellos aprenden con gran facilidad desde que se les enseña por medio de la suya, es evidentemente el único medio eficaz para realizar la conquista de sus almas y junto con ella la de ricos territorios y la de miles de brazos hoy perdidos para industrias cuyo produc-

to se puede decuplicar en poco tiempo.

¿Dónde y cómo pueden crearse los cuerpos de intérpretes?—Los elementos están esparcidos en todo el país; lo que se necesita es organizarlos y adoptar un plan. Admitido que el principal elemento para colocar una raza en contacto con otra, es la comunidad de la lengua y que ese es el primer paso de toda catéquesis regular, y reconociendo que no es fácil conseguir que los colombianos se pongan á estudiar lenguas salvajes, la solución está en hacerse con niños indígenas, á quienes, sin dejarles olvidar su dialecto materno, se les enseñe el castellano y nos sirvan de intérpretes. Sólo así podrá establecerse el lazo entre la civilización aria, de que somos ó nos decimos representantes, y la civilización aborigen, que los indios representan, aunque no han logrado todavía trasponer los límites de la edad de piedra. Bien tratados y aun regalados esos niños, enseñándoles á leer y á escribir y ciertos oficios, como carpintero, herrero, albañil, armero de casas etc., devueltos ya hombres á la tribu, serían auxiliar útilísimo para las colonias militares y poblaciones fronterizas, para las expediciones científicas ó exploraciones de estudio y reconocimiento, y para proteger las comunicaciones internas al través de las comarcas que están á merced de los salvajes. Se redactarían vocabularios de tal modo que las personas que supiesen leer, pudiesen á un tiempo hablar con el salvaje en su lengua y enseñarle la castellana, pues si leyendo primero en su dialecto, lo hacen después en español, frase por frase y palabra por palabra, se quedarán sorprendidos de la rapidez con que el salvaje aprende nuestra lengua.

#### VI.—APLICACION DEL METODO.

Sobre estas bases, el plan de reducción tiene que variarse para adaptarlo á la índole de cada tribu y á su clase de vida. No puede procederse del mismo modo con el araaoco y el tunebo, indios de tierra fría, mansos, agricultores y sedentarios ó que tienen tendencia á agruparse en aldeas fijas, que con los cunas, los goagiros

los motilones y las tribus de Casanare y Caquetá, nómades y á quienes difícilmente se conseguiría atraer á los poblados. A cada uno hay que dejarlo donde está y abstenerse de introducir cambios violentos en sus costumbres. A los que ya están establecidos con residencia determinada y sepan cultivar la tierra, procurarles semillas, animales, herramientas y enseñarles métodos agrícolas más adelantados, con el fin de que produzcan lo que necesiten para su propio consumo, y excedentes lo más grande posible para cederlos en cambios de ropas, utensilios y otros elementos de civilización. El aruaco por ejemplo, podría ser perfectamente utilizado en la formación de cafetales en la Sierra Nevada de Santamarta, si de la vertiente norte donde se pondrían las plantaciones, se abriesen, saldeando la Sierra, buenos caminos á las vertientes oriental, austral y occidental, que es donde los indios viven. El tunebo podría ser un buen guardador de rebaños, y así de los demás.

Un estadista brasileño del tiempo del Imperio decía ante el Parlamento que él solo conocía dos modos de catequizar indios y eran: esclavizarlos ó matarlos. No está muy distante de este dictámen el geógrafo colombiano F. J. Vergara y Velasco, quien refiriéndose á los goagiros dice: "La patria nada puede esperar de estos indios, y la verdadera humanidad para con ellos consiste en obligarlos con fuerza, ya que no lo quieren de grado, á entrar en otras vias". "Si alguna empresa es necesaria hoy, agrega, es sin duda la de contener los indios goagiros y reducir los motilones, que privan á los civilizados de riquísimas tierras que ellos no explotan. Con un cuerpo de mil hombres la empresa sería asunto de unas pocas semanas; sometidos los indios, se les desarmaría, y quedaba resuelto un gran problema, cuya gravedad no puede menos de aumentar con el tiempo". (Nueva Geografía de Colombia, página 883.)

En este plan, enteramente militar, no entran los misioneros, ni los intérpretes ni la colonia permanente. Como que son los fusiles los únicos que han de hablar. Mi sistema es menos

ejecutivo: no ha de llevarse á cabo como empresa, ni á saugre y fuego, ni en unas pocas semanas, sino en varios años, pues el objeto no es sustituirnos al indio en la posesión de la tierra, á la manera española de hace cuatro siglos, aquella que procuró disculpar Quintana diciendo que "crimen fue del tiempo y no de España", pero que en la hora de ahora no tendría excusa ni perdón.

No está probado que goagiros y motilones rehusen absolutamente la civilización. Lo que hay es que ningún esfuerzo bien encaminado y perseverante se ha hecho, ó que la civilización se les ha mostrado por aspectos repugnantes y odiosos. Pruébalo aquello que en la misma página dice el Sr. Vergara y Velasco, hablando de los propios goagiros: "Mas inteligentes é industrioso que la mayor parte de los indios, prometían ser los colaboradores más útiles de la gente española, cuando la avidez y sobre todo la lujuria de los civilizados, los precipitaron á la revuelta. Con el motivo del rapto de unas mujeres goagiras, las tribus se sublevan, saquean los campos, destruyen las moradas de los blancos y los asesinan. Esto ocurrió á fines del siglo XVI, y desde entonces los goagiros se replegaron á las sabanas, donde viven libres, bien que la civilización los gana poco á poco, como que comprenden que hoy no sería difícil sujetarlos." Y á la página 886: "Poco á poco el comercio reconquista políticamente á los indomables goagiros, antes tan orgullosos de su independencia: muchos caciques se han hecho ya construir casas á la europea. Pero con frecuencia, y á pesar de la ley, niños, mancebos y jóvenes, son comprados como criados por los traficantes (venezolanos)."

Sobre los indios de Casanare dice el mismo escritor: "Muchas de estas tribus tienen razón en la guerra que hacen á los civilizados; no ha muchos años que en Cravo fueron invitados varios indios principales á un gran banquete, y en él se les apuñaleó villanamente; de este modo las represalias no dejan terminar el lamentable estado de la región oriental,

donde ciertos blancos no valen más que los indios. La población de Casanare, con pequeño esfuerzo y castigos severos á los blancos que provocan conflictos, sería pronto reducida, con inmensas ventajas para el país." V. pág. 889-90.

Creo con el autor que, en efecto, la reglamentación administrativa y el empleo de la fuerza deben dirigirse más bien contra los blancos para impedir sus desmanes que contra la raza indígena, víctima de ellos. He vivido entre los goagiros, que es á quienes más se acusa de indómitos, y puedo atestiguar sus buenas disposiciones para recibir los beneficios de la verdadera civilización. Pero, situados entre poblaciones colombianas y venezolanas, que rivalizan en corromperlos con el alcohol y la disolución de las costumbres; que les venden armas y municiones y promueven guerras entre ellos; y que los solicitan para el contrabando, ni unos ni otros les han llevado el menor elemento moralizador. Una misión de capuchinos, fundada cerca á Guayumana, iba por el buen camino: poseía una gramática goagira; escrita por uno de ellos y quizá mejor que la del P. Celedón, fallecido Obispo de Santamaría, quien también hizo esfuerzos en favor de los indios; pero un error del matemático Ferreira, de la comisión demarcadora de límites, hizo quedar en territorio venezolano la iglesia de la misión, y esta se acabó. Puede volver á fundarse un poco más adentro, donde no alcaneen los teodolitos de los ingenieros trazadores de fronteras, y amparada por un destacamento de cien hombres, bien comandados, que podrían servir también para vigilar el contrabando, y respondo de que la reducción se haría sin necesidad de exterminar los goagiros, apelando de preferencia á los medios pacíficos y á la común inteligencia por medio de los intérpretes.

En cuanto á los motilones, el problema es ciertamente más difícil, las relaciones con ellos están planteadas sobre el principio de la guerra á muerte, también por culpa de los blancos. "A las estancias de éstos, refiere el Dr.

Ancízar, en su Peregrinación, solían venir los indios á ofrecer su trabajo en cambio de herramientas, y habiendo llegado una vez á la casa de uno de los vecinos de Aguablanca, los recibieron de paz y los convidaron á comer en la cocina. Confiados los indios, creyéndose bajo el seguro de la hospitalidad, sagrada para ellos, dejaron las armas y fueron á sentarse al rededor del fogón. Inmediatamente les cayeron encima sus pérvidos convidadores, y á machetazos los ahuyentaron, sangrientos y despavoridos. Un indio quedó postrado, y juzgándolo muerto lo arrojaron por la barranca de la quebrada como á vil animal. A la mañana siguiente dos de los agresores entraron en la cocina y hallaron al indio acurrucado en el hogar calentándose las heridas. "No mata hermano," exclamó el infeliz arrodillándose . . . y lo hicieron pedazos. Un hombre viejo y de severo aspecto me refirió esta infame tragedia como recientemente sucedida (1859), y le temblaban los labios al referirla. ¿No son nuestros próximos, señor? preguntaba. Por qué tratarlos así? Ellos se han vengado arrasando las estancias y ya no salen á nuestras tierras sino como enemigos á robar y matar. Y Uds. les harán guerra como á foragidos, le repliqué, cuando no son sino agraviados. Lo que se debe sentir es que sean tan pocos y no tengan un Jefe que supiera reinstalarlos en las tierras de sus mayores, barrriendo cuanto hallaran por delante, sin piedad ni perdón para nadie."

Es de este lugar observar que el indio jamás olvida la traición ó las crueidades que una vez sufrió. Retirado á sus selvas, rumia eternamente su rencor, y de padres á hijos se transmite la tradición de la ofensa y el odio á la raza causadora. Un historiador de la guerra del Brasil y Argentina contra el Paraguay, cuenta que las tropas aliadas encontraron decidido concurso en la tribu de los guatós, que les sirvieron de espías y baqueanos y les prestaron grandes servicios, con tanto celo como desinterés. Es porque para ellos, los paraguayos continuaban siendo españoles, de quienes antiguamente habían recibido males, y los bra-

sileros, seguían siendo portugueses que en otros siglos les hicieron bien. "Un viejo práctico nos refería, como si hubiera pasado pocos días antes, un robo de mujeres guatós, que los españoles habían hecho, y que probablemente databa de los ó trescientos años atrás. La falta de nociones precisas sobre la medida del tiempo y el vivo dolor de la ofensa, siempre presente, era la razón de la extremada fidelidad que esos salvajes nos guardaban, á tal punto que pasando por entre las rondas paraguayas, ni mea denunciaron nuestros movimientos ó presencia por una palabra ni por un gesto ó ademán, aunque les diesen tormentos."

Para borrar el péjimo concepto en que nos tienen los motilones, se necesita una prolongada serie de actos amistosos, hasta persuadirlos de nuestra buena fe. El camino de Cúcuta á Tamalameque, que cruza por medio del territorio en que viven, contribuiría directamente á su sometimiento. Una vez obtenido, los motilones podrían ser aprovechados para la extracción del caucho, que debe ser abundante en las hoyas del Tarra y Catatumbo, y para explotar otros productos de esas selvas. Las tribus de los llanos orientales serían inmejorables para el desarrollo de la ganadería. Siendo las industrias pastoriles las que exigen menor número de brazos, menos empleo de capitales y mayor extensión de tierras, en comparación con las labranzas; siendo las que casi no necesitan caminos para el transporte á largas distancias, pues los ganados van por sus propios pies; y siendo, á causa de esas facilidades, la industria de más esperanzas en Colombia, se deja ver la importancia que tendría la adquisición del indio para el fomento de la cría y la brega del ganado en los llanos. Respecto á las tribus del Caquetá, bastaría generalizar el sistema ya aplicado á muchas de ellas, empleadas en el género de industrias extractivas para que son propios, agregando desde luégo á las simples relaciones comerciales las de cristianización y mejoras educativas.

Decía el Padre Anchietta, jesuíta, que "los indios, más por miedo que por amor se han de-

redimir," pero yo creo que para su conversión debemos mejor tener presente el escudo del Estado de Massachusetts, formado por sus primitivos fundadores: un indio en pie con una flecha en la mano y este mote, *come over and help us*, ven con nosotros y ayúdanos. Por supuesto que, no siendo un utopista ni ~~ni~~ iluminado, no pienso que todo sea paz y bienandanza en las relaciones con los indios, y por eso les doy como fundamento la colonia militar. Si entre civilizados, el empleo de la fuerza es muchas veces inevitable, con mayor razón es de preverse la necesidad de apelar á ella en el trato con los bárbaros, cuyos hábitos é instintos se avienen mal con una permanente regularidad de procederes pacíficos. Pero el deber de los fuertes y de los ilustrados para con los débiles y los ignorantes es no recurrir á la última extreniidad sino por causa justa, y en proporción limitada á lo estrictamente necesario. Convenido que el ario en nombre de la civilización, se apodere de la tierra, patrimonio del indio, y se arroge el derecho de imponerle sus leyes, para traerlo al gremio de la sociedad organizada. Pero ese derecho tiene la obligación correlativa de emplear medios de persuación suave y de propaganda evangélica, que rescaten los errores del pasado y preparen un futuro mejor al misero expoliado.

Es perfectamente admisible que no nos crucemos de brazos ante las represalias que el indio se crea con derecho á ejercer contra los descendientes de sus antiguos verdugos, y que resistamos las correrías y asaltos que hagan contra los núcleos poblados; mas debemos regular la defensa por la medida de la agresión. Cometimos imperdonable falta al no cuidar, como nos cumplía, de la educación intelectual y religiosa del indio; empleemos ahora todos los medios á nuestro alcance para reparar el mal que les hicimos, y procuremos ligarlos á nosotros por los lazos de la fraternidad cristiana, y vencer con maña y paciencia las resistencias á la vida social engendrada en su espíritu por las violencias de nuestros antepasados.

Esta es la verdadera política cristiana, no la que se enseñorea merced á la punta de la espada. Para el buen éxito de la labor, conviene conducirla por caminos gratos, con espíritu de justicia, misericordia y paz. Es preciso que los encargados de ella lleven grabadas en lo profundo del corazón estas palabras del Salvador á sus discípulos: *Remitte gladium, tolle crux.*, envainad los sables, empuñad la cruz.

### VII.—OBJECCIONES.

Se objetará que los norteamericanos, más avanzados que nosotros, no hallaron cosa mejor qué hacer con los salvajes que destruirlos. Eso lo que quiere apenas decir es que en la conducta de esa Nación hay unas cosas admirables que imitar y otras detestables que rechazar. ¿Porque tengau el peculado erigido en institución nacional, habremos de adoptarlo? Porque al curso regular de la justicia sustituyan la bárbara ley de Lynch, merecerá que la pongamos en vigencia? Derramaron generosamente ríos de sangre por emancipar al negro africano y á torrentes derramaron también la del indígena nacional, hasta acabar con él: contraste de procedimiento que deja suspeso el ánimo sobre la moralidad del rescate interno que en ambos casos presidió la acción. De que se sigue que no en todo son perfectos ni en todo nos son superiores: bien al contrario, muchas cosas hay en que podemos ser sus maestros. Compárese, por ejemplo, la manera violenta, destructora de vidas y riquezas, y productora de trastornos sociales y rencores políticos todavía no apagados al cabo de medio siglo--como ellos abolieron la esclavitud, y el modo lento, pacífico y calculado con larga previsión, como nosotros libertamos al esclavo, sin choques sociales y sin trastornos económicos, y concluiremos con orgullo que en eso fuimos sus modelos. Es que estamos habituados á preferir el estudio de nuestro país y nuestras cosas, denigrándolas ó desdenándolas por sistema, para encaminar nuestros gustos á las cosas europeas y norteamericanas.

canas, únicas á nuestro parecer, dignas de envidia y loa.

Por lo que hace al indígena, nuestras circunstancias son distintas á las de los Estados Unidos: por una parte, el español y sus descendientes no tienen la repugnancia invencible del anglo-sajón para cruzarse con otras razas; y es sabido que si dos se encuentran en un mismo territorio, sin poder mezclarse, la una tiene que anonadar la otra. Además, el americano sólo podía utilizar el brazo indígena para la agricultura ó las fábricas á que él no se prestaba, por la inexorable ley de que nadie puede ser agricultor ó fabricante sin haber sido antes cazador ó pastor; mientras que, por fortuna, nosotros sí podemos utilizar el salvaje en la explotación de aquellas fuentes de riquezas en que ya él tiene hechas sus pruebas con buen resultado conocido: la extracción de caucho, cacao silvestre, bálsamos, resinas, zarzaparrilla, aceite de sege, raicilla, orquídeas, pieles de animales selváticos y otra multitud de productos naturales que vendrían á acrecentar nuestra pobre exportación y á aumentar el capital público.

Dejemos, pues, de lado á los Estados Unidos, y en parte también á Chile, con la suerte infeliz que reservó á los valientes araucanos; en esta materia, unos y otros tienen qué aprender de nuestro país, mucho más desde que deliberemos emprender un trabajo de reducción metódica, cuyo plan estoy esbozando.

Otra objeción consiste en decir que es balidio todo trabajo de reducción pacífica del indígena porque éste es naturalmente estúpido, supersticioso, borracho, traicionero, malo, desconfiado y refractario al trabajo y á toda idea de progreso, por lo cual son tiempo y dinero perdidos los que se empleen en atraerlos por las buenas.

Contestando este argumento un orador brasiler, decía en el Congreso:

“Cuidados! como ellos no tienen historiadores, quienes les escriben su historia son los que, so pretexto de religión y civilización, los engañan y explotan para vivir á costa de su

sudor, les convierten sus mujeres é hijas en concubinas, ó producen sentimientos de rebelión que luégo se achacan á índole irreductible, ó acaban por degradarlos con un sistema de catéquesis que, con raras y honrosas excepciones, se inspira en móviles de sórdida ganancia ó libertinaje hipócrita, y que da por resultado final una especie de esclavitud que, sea cual fuere la raza, forzosamente ha de producir ignorancia, embriaguez, disolución, falsia y demás vicios y defectos compasieros del hombre cuando se le pervierte.

"Blancos eran los esclavos de los griegos y romanos, y no sé que en los anales de la humanidad se conserve noticia de gente peor."

Efectivamente el interés es un mal consejero en la historia y para formar juicio de los hombres. Los conquistadores y buena parte de los misioneros miraban al salvaje como instrumento de trabajo cuya explotación se disputaban: dominados por ese pensamiento fundamental fue como escribieron sobre el indio americano, y por eso merecen poca fe. Estaba en su interés deprimir la raza esclavizada para legitimar su servidumbre y su inhumana destrucción. Para poder matar indios como se mata fieras, para poder tomarles impunemente sus mujeres, para robarles sus hijos y criarlos y venderlos como esclavos, para no observar con los aborígenes ninguna ley moral y no reconocerles ningún derecho, era menester atribuirles que no tenían idea de Dios, que sus inclinaciones eran irrevocablemente perversas, y que, como incapaces de ningún sentimiento virtuoso, era lícito emplear con ellos toda clase de sevicia.

Con esa convicción, sincera en unos, deliberada en otros, escribieron sobre el indio, pero hoy se está poniendo en duda la imparcialidad de esas opiniones. Por desgracia, es tardísimo para enmendar el daño que causaron; sirva siquiera el triste recuerdo para amparar los restos de la raza perseguida.

A un fraile español, de los venidos de Filipinas, oí decir en Casanare que "los indios eran incatequizables, por ser descendientes de

Caín." La genealogía no me parece del todo bien comprobada. Lo que sí me consta es que el fraile no había aprendido la lengua sálica, siendo así que de la reducción de esa tribu era de lo que se había ocupado; y es palmario que no hay modo de traer un hombre á nuestras ideas si nos falta el medio de hacérselas conocer, ya descienda ese hombre de Caín, ya proceda de Abel. Que venga un dervís del Japón á predicarnos budhismo y no encontrará quién le oiga sus sermones si nos los predica en japonés. ¿Se contentó acaso el Cristo con mandar sus discípulos á propagar el Evangelio en lengua arámea ó en el dialecto sirio-caldeo que hablaban? Nós para el cumplimiento de su misión los armó con el don de lenguas. Pues si los apóstoles, que tenían más fuerza moral é intelectual, derivada de su fe en lo que habían visto y de la misión que se les había confiado no debían conseguir su objeto sino por intermedio de las lenguas de los paganos entre quienes iban á difundir la buena nueva ¿cómo quieren los frailes de ogaño llegar al fin que se proponen si se alejan del camino señalado por el Espíritu Santo, que es la propia sabiduría?

Con colores muy distintos fueron descritos los indios por algunos narradores de buena fe en la época del descubrimiento. Eran hordas de hombres tímidos y dóciles, hospitalarios, leales y abnegados: ¿No fueron ellos los que, en cierta ocasión, formaron con sus cuerpos barrera ante Fray Bartolomé de Las Casas, según el mismo lo atestigua, para cubrirlo contra el asalto de un tigre famélico, habiendo varios de ellos sucumbido en defensa de aquél que mereció el nombre de "Apóstol de las Indias?" La crueldad, lujuria y codicia de los conquistadores —de que no se han curado bien sus actuales descendientes— fue la fuerza repulsiva que les engendró el odio á la vida civil, provocó sangrientos desquites, les modificó profundamente el carácter y los obligó á concentrarse en los bosques. Si la reducción de hoy ha de emplear los mismos medios y encariñarse á los mismos fines, ó si sólo para

corromper al indio lo retiramos de sus selvas, estoy porque se les deje vagando libremente por ellas, incontaminado con los vicios de la civilización.

Bien visto y bien reflexionado, poco es lo que los civilizados de Colombia podemos enseñar á nuestros hermanos salvajes. No vengo á repetir aquí la apología rousseauiana del estado de naturaleza. Es con hechos, no con especulaciones filosóficas, como se puede establecer nuestra incompetencia para erigirnos en maestros. Deberíamos impedir á las tribus con quienes entrásemos en relaciones que dejases de guerrear entre sí, mas para exigir eso carecemos de la autoridad moral del ejemplo. ¿Desde hace más de 80 años, ha sido otra cosa nuestra historia que la matanza periódica de dos tribus bárbaras? Más sangrientos, á cañón y á fusil, nuestros encuentros que los á flecha y lanza de los salvajes: esa la única diferencia. En lo demás, igual ferocidad, igual rencor.

En cuanto á la constitución de la familia, los salvajes que están fuera del contacto con la civilización, presentan todos los tipos en las relaciones del hombre con la mujer, desde la comunión de éstas hasta una severidad desconocida en las sociedades cristianas. Supe de tribus donde no hay casamientos, y de otras donde la adúltera es castigada con la hoguera. Las hay en que el hombre no liga ninguna idea de moral á la monogamia, sino que regula el número de sus mujeres por sus fuerzas físicas y por su capacidad alimentaria, es decir según su destreza en la caza y en la pesca y en la recolección de los frutos silvestres; pero que se consideraría degradado si viviese con mujer á quien otro hombre alimentase, ó en recibir de ella su sustento.

Las hay que impiden con gran cautela la unión de los dos sexos antes de la completa pubertad, no siendo raro que la virginidad de la mujer y del hombre se conserve hasta la época del casamiento, que sólo se tolera de los 25 años en adelante; y la razón que los salvajes dan es la fuerza y energía de la prole, cosa más importante en las sociedades rudimentales

que en las civilizadas, porque tribu que deje bastardear la raza es tribu vencida: sin armas de fuego y sin los demás recursos que una cultura adelantada apostó al arte de la guerra, vence la tribu cuyos individuos tengan mayores fuerzas físicas, y por ahí se comprende el gran papel que entre ellas desempeña ese elemento. Es más: entre nosotros un chico enclenque puede medrar á fuerza de cuidados y por la absoluta ausencia de privaciones; pero entre los salvajes, que no entrojan víveres, ni conocen el uso de la sal, ni el de otra leche que la humana y que no tienen ropas y casi ni cabañas: el hambre, la desnudez y la intemperie, así como las peregrinaciones forzadas, son otras tantas causas de eliminación á que no pueden resistir los niños mal conformados. Allí se cumple mejor que en las sociedades cultas la ley natural de la supervivencia de los fuertes, y esa ley viene en auxilio del instinto de la propia conservación, del orgullo y del amor paternos, y del sentimiento de honestidad, que hacen del indio un hombre por lo común más robusto y más moral que los llamados cristianos. La opinión contraria se funda en observaciones superficiales ó en hechos aislados, que no pudeu, sin imprudencia ó yerro, elevarse á la categoría de leyes generales. La consecuencia que debe deducirse es esta: dadas las costumbres, religión y medios de vida, la familia salvaje es tan respetable como la civilizada, y no pocas veces está mejor constituida. En el estado bárbaro, la familia indígena es lo que debe ser: la expresión exacta de las necesidades naturales y sociales, sentidas en el grado de evolución en que se encuentran. La contra prueba se encuentra en que entre ellos no existe la prostitución, resultado de la ociosidad corruptora, que las exigencias de la vida selvática hacen imposible.

Los salvajes tributan á sus dioses sentimientos tan puros de gratitud como los que los cristianos rendimos á nuestro Dios. Ni vale decir que muchos de esos dioses son maléficos, con inclinación y poder de hacer mal á los hombres, en lugar de bien. Lo cierto en el particular,

por lo que se me alcanza, es que á cada ente sobrenatural en que el salvaje cree, le atribuye acción benéfica protectora sobre cierta parte de la creación, y acción punitiva contra el hombre que perjudica á los seres de que tiene guarda; pero ese mal no es gratuito, sino pena merecida por el acto innecesariamente destructor.

Así por ejemplo, con diversos nombres se reconoce entre las tribus la existencia de un dios protector de los animales contra el indio que, dejándose llevar de su pasión por la caza, mata más de los que necesita para su sustento. Sabido el papel importante que la caza tiene para pueblos que no crían animales domésticos, y que sólo se alimentan de los del bosque, nada más natural y moral que imaginar un ser encargado de impedir su extinción. El indio que mata una venada parida, ó una marimonda que amamanta su hijo, esto es que no economiza la vida animal en previsión del porvenir, se expone á la venganza del dios, pero esa venganza no es una acción demoniaca sino sanción que no repugna á la divinidad, pues parece acertado sustituir por un precepto religioso la falta de leyes sobre la caza. ¿Cuántos cristianos hay que no tienen uno ni otro? Dígallo la criminal pesca con dinamita, la destrucción de pájaros por los niños, el maltrato de los animales y la incuria con que van extinguéndose algunas especies útiles ó hermosas, á fuerza de perseguirlas. El concepto indio encierra una profunda lección de moral porque es una regla eminentemente conservadora, desde su punto de vista, que en esa parte no ha variado para los que llamándose文明ados hacen, sin embargo, el mal por placer ó por utilidad imprevisora.

Varias tribus creen en la existencia de un genio protector de los campos contra los que los incendian sin necesidad: es una serpiente de fuego ó bien un madero encendido, que hace morir por combustión al incendiario. ¿No sería bueno que los cristianos tuviésemos una superstición semejante que nos impidiese emplear el elemento de vida por excelencia que

es el fuego, en elemento de muerte, tala y esterilidad?

Otro genio de las geografías indias tiene por misión amparar las florestas: á quien las derribe sin objeto, ó de cualquier modo daña los árboles, es condenado á vagar perdido tiempo largísimo por la inmensidad de los bosques, sin poder atinar con el camino para volver á su casa y al seno de los suyos. Gran cosa fuera que en el calendario cristiano figurara algún santo á quien incumbiéramos una situación semejante. Así no estaríamos entregados tan empeñosamente en convertir al edén que fue Colombia en un erial, como ya en gran parte lo hemos conseguido.

Finalmente, para no prolongar esta parte de mi escrito, que podría ser interminable, sobre mis notas de militar y de viajero, pido permiso para mencionar al dios indio del amor, cuya misión es crearlo en el corazón de los hombres, despertarles el dolor de ausencia en las largas peregrinaciones y agujonearles el deseo de tornar á su tribu. Ese dios tiene también á su servicio una serpiente que reconoce á las muchachas que se conservan vírgenes hasta el matrimonio, recibiendo de ellas los presentes que le llevan y devorando las que han perdido su virginidad. Cuando existe sospecha á este respecto, los padres llevan la doncella á la orilla de algún río ó lago, ó isla desierta, y dejándola allí sola, junto con los presentes, se retiran á la otra orilla: si la muchacha está virgen, la serpiente acepta los regalos y recorre el río ó lago cantando suavemente; de lo contrario, devora á la infeliz, dando ronquidos medrosos. El terror que la perspectiva de este fin trágico inspira á las doncellas indias, influye saludablemente en su espíritu para hacerles conservar la inocencia y huir de las lisiandades y deslices.

No digo yo que á las cristianas conviniera creer en un mito análogo, reemplazado como está ventajosamente por sanciones religiosas y sociales de un orden más elevado, que las inducen á mantener su pureza. Deseo solamente concluir que no todo es malo en las supersti-

ciones del salvaje, ni en todo podemos presentárnosles como mejores, y que si bien meditamos, casi tanto tendríamos que aprender de ellos como que enseñarles.

### VIII.—LOS SALVAJES COMO ELEMENTO ECONÓMICO.

Otra conclusión á que deseo llegar es la siguiente: la reducción no debe necesariamente consistir en aldear los indígenas, quiero decir, en obligarlos á construir aldeas y á vivir en ellas. Buenas ó malas, á nuestro parecer, hay que comenzar por dejarles sus costumbres, su alimentación y su género de existencia. Respecto de ellos — como ya está experimentado también respecto de los civilizados — las mudanzas más rápidas son las que se operan confiándolas al tiempo, no las que se imponen á una sola generación, sino las que se obtienen en varias, por la sustitución gradual de las ideas y necesidades que ellos poseen en su estado de barbarie, por las que nosotros tenemos en el estado de adelanto. Sus ideas morales, la constitución de su familia y la clase de su trabajo para alimentarse, son, en el grado de evolución que alcanzan, preferibles á las nuestras, que ellos repelen cuanto pueden y á que no se doblegan sino cuando se persuaden de que no pueden resistir más; pero entonces la tristeza de la sujeción es un elemento psicológico que los degrada y mata con más seguridad que el alcohol, la viruela, la tisis ó la sífilis que piadosamente les inoculamos.

Entre los misioneros es muy común la idea de que no puede haber catequización sin forzar al indio á vivir en poblado, y se explica: habiendo de empezar por levantar iglesia, es natural el deseo de agrupar á su derredor á los neófitos, para tenerlos más á la mano. No pudiendo ó no queriendo el misionero irse á los montes en seguimiento del indio, saca la consecuencia de que es el indio el que ha de venir á ponerse á su alcance. Así debería ser, pero más tarde; si se hace prematuramente, estamos ciertos de que cada tribu que aldeamos contra su voluntad es tribu que degradamos y

por fin destruimos, con las mejores intenciones del mundo y con buen gasto de dinero.

¿Por qué razones obligarlos á poner roza y sementera estable, so pretexto de hacerles perder la vida nómada, si sin tales roza y sementera ellos se sustentan perfectamente? ¿No es de simple sentido común que reducir á la vida sedentaria hombres que ignoran las artes indispensables para subsistir en ella, equivale á matarlos de hambre y melaucolía, ó á echarse encima la carga de sostenerlos á nuestras expensas? Aliméntase el indio casi exclusivamente de pescado y carne de animales monteses. Desde los lagartos hasta el caimán: desde el caracol á la tortuga, desde el jaguar al mico, desde la sardina al manatí, todo le es carne y pescado y todo le sirve de alimento sano, prodigiosamente suministrado por la naturaleza. Pruebanlo su robustez y el largo número de años que alcanza antes de llegar á la decrepitud. ¿Qué mejor podemos ofrecerle en cambio? La tierra cultivada les dará un alimento que les disgusta y que es inferior en calidades nutritivas al que tienen y prefieren. Y como eso va contra sus costumbres, no se plegarán á ello sino con castigos, y porque los rehuyen los llamamos estúpidos y malos.

Mas, diráse que los indios aldeados aprenden más á prisa á cultivar la tierra, á hacer vida social y á morigerar su paganismo y sus hábitos bestiales. Así sería si la naturaleza moral fuera página en blanco ó tira de papel donde pudiese escribirse lo que se nos antojase; pero como tal no ocurre, y como las rudas costumbres del salvaje son más tenaces y difíciles de desairragar que las del civilizado, porque están entrelazadas con sus sentimientos, necesidades, creencias y supersticiones religiosas, formando todo un solo bloque casi inatacable, el más rudimental conocimiento de la psicología humana indica que sólo es posible alterar esas cosas en el decurso de varias generaciones.

Fúndese norabuena la iglesia; trácese la aldea; con modos suaves indúzcase poco á poco á los indios á poblarla, cuando buenamente

quieran morar en ella, y dejando libres á los otros; no vaya tras ellos el misionero por los montes para evitarse peligros, fatigas y hasta tentaciones; y límítese á pedir los niños para criarlos y educarlos en el sentido de servir de intérpretes. Espaciados más tarde entre la tribu serán el vínculo de unión y relación entre el indio y el blanco; y siguiendo el mismo sistema, nunca el buen fruto será tardío: es la impaciencia lo que puede malograrlo.

Ya se examine la tesis ante la ciencia, ya empíricamente, á la luz de los hechos y de la experiencia, la conclusión es una sola: doquiera que fue posible emplear al salvaje como cazador, pescador y pastor, excedió al blanco, porque, como ya lo observé, esas mismas condiciones suyas que constituyen defectos y obstáculos invencibles para su adaptación á las artes sedentarias, son precisamente calidades y virtudes de gran valía para los quehaceres que suponen vida errante, pues así como para nosotros sería mortal seguirla, para ellos es insufrible plegarse á las comodidades que tenemos como indispensables, ó privados de las cuales la vida no sería para nosotros vida, sino un lento morir.

En suma, aplicar á cada cual este criterio, derivado del estudio que la antropología ha hecho del hombre natural, en su doble aspecto moral y físico: las diversas razas humanas sólo son productivas, cuando se las aplica al género de trabajo que está conforme con el período de civilización en que se encuentran, período que no puede ser traspuesto sin aniquilar fatalmente la raza á que se pretende imponer la transformación. Es el cumplimiento de la regla *natura non fecet saltum*. Obligar al salvaje acostumbrado á la vida de cazador á clavarse sobre un punto de la tierra para labrarla, es obligarlo á cavar su propia tumba, sólo porque se olvida que no puede hacérsele andar de un día para otro en camino de civilización--de la caza á la agricultura--que la humanidad ha puesto millares de siglos para recorrer.

Pero de este mismo conocimiento se deduce lógicamente que es la industria pastoril, des-

pués de las extractivas, la en que más inmediatamente puede emplearse al indígena, y que en eso se desempeñará mejor que el blanco. La misma ciencia da cuatro poderosas razones: Primera, el cuidado de los rebaños expone al hombre que á esa ocupación se entrega á una acción más directa de los agentes atmosféricos, que aquel que se dedica á la agricultura propiamente dicha, y más aún que quien trabaja en las minas y en las manufacturas. Por tanto, la raza más habituada á la acción de los agentes atmosféricos y exhalaciones telúricas -sol, lluvia, tempestades, intemperie,- la soporta más fácilmente; Segunda, al paso que los aborígenes, con exponerse á esos agentes sólo siguen el curso natural de sus antiguas costumbres, que por la obra del tiempo los hace inmunes para sufrir y resistir, el blanco que se somete á ese contacto con la naturaleza en sus formas homicidas, se entrega voluntaria ó torpemente á las causas de destrucción ó de degeneración; Tercera, el salvaje que pasa del bosque á la llanura, cambiando la faz extractiva por la pastoril, da un paso adelante en la escala del progreso, mientras que el blanco da uno atrás, regresando de ciudadano á pastor. El grado de civilización que ya había alcanzado lo hace incompatible con las industrias que exigen vida nómada, y en ellas no puede rivalizar con el indio ó con el mestizo su descendiente; y Cuarta, se calcula que cualquier blanco civilizado necesita el trabajo de otras cien personas para vivir, esto es para ayudarle á satisfacer sus numerosas y variadas necesidades: habitación, vestido, alimento, locomoción, educación, lujo etc., de modo que en el complicado organismo social, la existencia es de tal modo imposible sin el concurso recíproco, que la expresión "un hombre que se basta á sí mismo" representa una idea que no sin dificultades puede ser concebida, pero que es de todo punto irrealizable. Con el salvaje no pasa otro tanto: mientras más se aísle, más prepondera su superioridad; sus necesidades limitadas le permiten la vida libre del desierto.

Ó mucho me engaño, ó la ganadería en el Llano y en las sabanas de Magdalena y de Bolívar recibiría una repentina trasformación si se pudiera atraer para ella á los salvajes que hoy son sus enemigos. La vida encima del caballo, corriendo la planicie sin límites, durmiendo al relente y soportando un régimen de privaciones que sería intolerable para el blanco, es para el indio fuente de felicidad y de alegría que le torna regalada la existencia.

Por la experiencia de Brasil, Argentina y Chile, está comprobado que, para la época en que un país americano necesita promover artificialmente la inmigración, es decir mientras ella no es espontánea, los gastos hechos en cada colono *aprovechado* suben al rededor de mil pesos oro. *Aprovechado*, digo, para significar el que se queda definitivamente, acumulando sobre él lo correspondiente á los pasajes de los que no llegan, de los que mueren antes de aclimatarse, de los que rompiendo sus compromisos regresan á su patria ó se van para otro país, de los que resultan inútiles por débiles ó por vagos y de los que se dedican á industrias de poca utilidad, como emboladores ó remendones de botines, componedores de pailas, tocadores de organillo, vendedores de bujerías ó los que montan tienda de licores, ó casas de lenocinio, sin contar los anarquistas y los que sólo traen reclamaciones diplomáticas. No merece el nombre de *aprovechado* sino el que se aclimata y se establece como labrador á crear riqueza para compensar los gastos de propaganda, pasajes, transporte en el país, casa, tierra, herramientas, víveres, medicinas y todo lo demás que hay que gastar hasta ponerlo en capacidad de valerse por sí mismo, no computando el enorme caudal de paciencia para soportar sus desmesuradas pretensiones, quejas infundadas y exigencias caprichosas. Ese agricultor así adquirido al cabo de tantos sacrificios, es el que cuesta mil dollars y el que, por consiguiente, representa para el país un valor de otro tanto.

Pues bien: tenemos 300,000 indios que ya están en el país, como nacidos en él. Por cuanto no todos son hombres ni todos útiles, pongamos

que sólo valgan á cien dollars, la décima parte de un inmigrante europeo. Estoy seguro de que sabiendo aprovechar el trabajo del indígena, dará el interés del capital en que se le aprecia. Luego la población indígena vale 30 millones de pesos oro, mínimo. Suponiendo que podemos destinar cien mil pesos oro anuales para fomentar la inmigración extranjera —y bien se sabe que eso no está en nuestros posibles— necesitaríamos treinta años para adquirir los 100,000 habitantes que ya tenemos sin que nada nos hayan costado, y á quienes, como gente de casa, podemos tratar en confianza, seguros de que no nos envolverán en conflictos internacionales. Esto quiere decir que en el indio tenemos un tesoro tanto más valioso cuanto más oculto y menospreciado, y que para un país que tiene más soledades que poblar que muchísimos otros, el indio es inapreciable, porque con casa, pesca y un poco de agricultura, vive á sus anchas en lugares donde el blanco se moriría de miseria y murria.

No será, ciertamente, con europeos importados á razón de mil pesos oro por cabeza como pondremos en cultivo tierras que jamás podrán ser ocupadas por la raza blanca sin dominarlas primeramente por medio de otra raza menos sujeta á las inclemencias del trópico. Por muchos años todavía, tal vez por siglos, el indígena y su mestizo tienen que ser los precursores del semita en las llanuras montuosas y vegas ardientes de nuestros ríos. Toda equivocación en este orden cronológico nos costará dinero y disgustos á millares.

No tenemos derecho á inscribir abundantes partidas en nuestro presupuesto de gastos para estimular la inmigración extranjera, antes de que partidas aún más gruesas hayan figurado para utilizar los 300,000 hombres adecuados para luchar con el miasma y las plagas de comarcas vírgenes donde la raza blanca no puede penetrar sin que la haya precedido otra que afrote y destruya la primer bravura de nuestras soledades.

Hasta hace poco venía votándose una suma de cien mil pesos anuales, papel, elevada re-

cientemente á quinientos mil, si mal no recuerdo, como renta pagada por el Estado á la Iglesia para destinarla á las misiones. Supongo que ese empleo se le dará punitivamente y que á nosotros no será aplicable la amarga censura que en el Congreso del Brasil lanzaba hace poco el mismo orador á que antes me referí, con respecto al destino de una gruesa subvención que aquí se suministra á la Iglesia con el mismo objeto: "Con la partida de la catéquesis dijo, es con la que se levantan y sostienen conventos en las capitales y se pagan congregas á los misioneros que prefieren las ciudades de los cristianos á las aldeas de los salvajes." Pero si las misiones puramente religiosas no se han multiplicado en Colombia ni rendido todo el fruto que de ellas es de esperarse, el motivo proviene de no haber concurrido el poder civil con la parte de acción que le corresponde.

#### IX.—RESUMEN.

Resumiendo y repitiendo: si se consulta lo que hicieron los antiguos españoles y portugueses y lo que aún hoy practican los pueblos civilizados para domesticar salvajes, se verá que son tres las instituciones indicadas para llegar á tal fin: tenemos los dos primeros; falta formar los últimos. Sirviendo la colonia militar como núcleo poblador y la iglesia del misionero como centro de atracción espiritual, las relaciones con los salvajes han de establecerse con intérpretes que hablen los dialectos de las tribus circunvecinas. A poco sucederá que los intérpretes sean los mismos oficiales y soldados, si á ello se aplican, y entonces tanto montará que la guarnición se componga de plazas que no hablen dichos dialectos como de hombres que los sepan y que educados además en oficios prácticos, los difundan entre los iúdios, medida tan económica como productiva.

Con esto se obtienen los siguientes resultados, que son otras tantas razones de orden social, político, económico y religioso que solicitan nuestro esfuerzo en favor de la reducción de los salvajes: 1º Conquistar los dos tercios

del territorio nacional, que no pueden poblar-se por causa de los bárbaros que los dominan; 2º Adquirir 300,000 brazos para las industrias extractivas, pastoril y de tráspcrtes internos, ya que mientras no haya caminos racionales, son ellos los únicos que pueden explotarlas. Tornar productiva una masa tan considerable de población nacional, hoy ociosa, es por lo menos tan importante como traer brazos del extranjero. Esos brazos indígenas serán también los más propios para la defensa de nuestras fronteras y los más aptos como predecesores de la raza caucásica en comarcas tan fértiles como bravías. 3º Establecer la paz y seguridad de muchas poblaciones, y evitar así en lo futuro la fusión de sangre, gastos ingentes y riesgos de la soberanía; y 4º Cumplir el deber humanitario impuesto por Cristo á todo pueblo civilizado delante de los pueblos bárbaros, **en las** siguientes sublimes palabras del Evangelio: *Ite ad eos qui in tenebris et umbris mortis sedan, ad dirigendum pedes eorum in viam pacis:* id hacia a pueblos que yacen sentados en las tinieblas y sombras de muerte, y dirigid sus pasos por las vías de la paz.

En nuestra condición de raza conquistadora, ya que arrebatamos el suelo al indio y que cada día vamos estrechándolo para la más recóndito de las selvas, tenemos la obligación — si de veras somos cristianos, — de arrancarlos á la barbarie en que viven, para traerlos á la comunión de la fe, del trabajo y de la sociedad. De seguro que la Providencia no creó al indio para conservarle segregado del movimiento general del progreso humano, á que no es en forma alguna refractario, por más que hayamos hecho para tornárselo repulsivo.

El dinero que en esto se invierta ganará el alto interés de los préstamos á Dios, de que habla el Evangelio. Si quien da un óbolo al pobre, tiene al cielo por mutuario y recibe en pago 100 por 1, aquél que á los desheredados de la civilización distribuye la limosna del pan del espíritu y promueve la salvación de sus almas recibirá del Supremo Remunerador un di-

videndo que supera los cálculos del más temerario anatocista.

#### X.—EL MESTIZO COMO ELEMENTO DE TRABAJO.

Queda demostrado que en un futuro tan próximo que ya es más bien actualidad, ningún asunto quizá se vincula tan estrechamente á la grandeza de Colombia como el amansamiento de los indígenas para hacerlos entrar en el seno de la comunidad cristiana, y que siguiendo el único método razonable, que es el de emplear al hombre en aquello que más se conforma con sus hábitos, el indio representará en la producción colombiana un papel tan importante como el de las otras razas, desde que se les reserve aquellas industrias en que él es el brazo que trabaja y el instrumento que crea. Pero es tanto lo que los colombianos tenemos qué hacer en lo presente, para recuperar el tiempo perdido, que con dificultad podemos mirar á las cuestiones del porvenir muchas de ellas más importantes que las del momento. Los que estudiamos el país sin preocupaciones, vemos que el problema de la población del suelo —uno de los más atendibles y urgentes— no es de solución simplista, sino muy compleja. Poblar á Colombia no quiere decir solamente importar colonos extranjeros. Poblar á Colombia quiere decir: 1. Utilizar nuestros 300,000 salvajes; 2. Simultáneamente, aprovechar los habitantes nacionales para poblar las regiones desiertas, ó aquellas donde pueda ir verificándose la compenetración con los indígenas; y 3. En último lugar, ó no antes sino después de lo anterior, importar colonos extranjeros para cultivar las tierras que se les reserven cerca á los núcleos ya poblados.

Todo lo que sea invertir los términos de este proceso es una falta de lógica que —la experiencia se encargará de probarlo— nos costará carísima. Posponer el aprovechamiento de las razas criollas al de las exóticas y traer europeos habituados á la vida social de las aglomeraciones densas, para botarlos á la soledad, es un error tan grande como vestir con ganado durham puro nuestras haciendas de

tierra caliente y las sabanas y llanuras libres.

No se necesita que lo digan quatrefages y otros sabios para ser cierto que como elemento de trabajo no hay ninguna raza en América tan provechosa como la del blanco aclimatado por la mezcla con el indígena, es decir que ese cruzamiento es una condición importante para la adaptación de la raza caucásica en los trópicos. Eso lo sabemos en Colombia por propia experiencia, y sin embargo, no hemos sabido derivar de ese conocimiento sus consecuencias más inmediatas. Nos preocupamos por la inmigración extranjera, estamos dispuestos a invertir sumas ingentes para atraerla, y descuidamos a los dos ó tres millones de blancos -indigenas que nos son aún más preciosos y a los 300,000 salvajes que ya poseemos- olvidando que precisamente por la escasa civilización de los primeros y la ninguna de los segundos, es a ellos a quienes está reservado el papel de procursores del blanco en nuestros climas fuertes y que son ellos los únicos capaces de desbravar las tierras vírgenes.

Por altos que sean nuestros salarios, son inferiores a los que ganan los trabajadores europeos ó a los que, considerándose superiores y necesarios, exigirían al venir al país, entre otras razones porque están habituados a satisfacer mayor número de necesidades, ó lo hacen más exquisitamente que nuestro obrero nacional. Desde luégo surge esta reflexión: si queremos someter al operario europeo al bajo jornal del colombiano, no lo resistirá, se irá y no volverá, ganando nosotros por añadidura el descrédito. O se paga el jornal alto que el inmigrante exige, y entonces desmoralizamos el trabajo nacional. Nuestros paisanos, alegando que la justicia entra por casa, no querrán ser menos que los forasteros: pedirán que se les iguale en salarios, y que si calzamos, vestimos bien, damos buena habitación y mejores alimentos al advenedizo, mayor derecho tiene el nacional a que se le dispensen los mismos cuidados. Y a fe que tendrían razón. Con los mil pesos oro que, según vimos, cuesta adquirir un colono extranjero aprovechable, se pue-

den establecer en Sierra Neyada, con casa y labranza, diez ó por lo menos cinco familias colombianas llevadas del interior.

En el Paraguay, en las Provincias argentinas de Entreríos, Corrientes y Santafé y en las brasileras de Matogrossó, Río Grande, Paraná, Goyaz y otras, se ha comprobado experimentalmente que el principal instrumento de trabajo, el vaquero por excelencia, el duro *sertanejo* (campesina, monteador y baqueano), el boga y cauchero de los ríos amazónicos no son el blanco, ni el negro, ni el mulato, sino el gauche, el cacaipira, el caburé, el caboclo, el mameluco y el tapuio, nombres todos que designan al indio antiguamente catequizado por el jesuita ó al mestizo su descendiente, catequización que se hizo por medio de los cuerpos de intérpretes tan sabiamente organizados por los españoles y los portugueses.

Así también en Colombia: si se exceptúa el grupo antioqueño, más vasco que otra cosa, el principal creador de la riqueza pública no es el blanco, entregado á los quehaceres intelectuales ó á la dirección superior de la industria, ni el negro de ordinario indolente, sino el antiguo indio amansado por los intérpretes, auxiliares indispensables del misionero. Toda la cuestión consiste en saber si hoy, con más ciencia y mayores elementos, seremos ó no capaces de poner en acción el mismo procedimiento con respecto á las tribus que faltan por reducir.

El cruzamiento del blanco con el indio produjo y continúa produciendo una raza mestiza excelente por su constancia y resignación, por su resistencia para las privaciones, y por su sobriedad, valor, laboriosidad é inteligencia.

Por desgracia estas buenas cualidades se encuentran oscurecidas por un defecto constante: la imprevisión. El indio mezclado, poco ahorra, nada capitaliza; el mes siguiente es para él como si no existiera. Poco importaría que fuese reservado, malicioso y astuto si además no le faltara iniciativa: donde está como está, ahí y así se queda, sin hacer esfuerzos por mejorar. ¿Son faltas inherentes á su naturaleza,

ó resultado de una mala educación muchas veces secular? A esto último me atengo, porque para esos pobres, la patria no ha sido madre sino madrastra. Evidentemente hemos sido avaros é ingratos para con esos mestizos, que durante tantas decenas de años han concurrido como los que más con su trabajo á la formación de la riqueza pública.

#### XI.—SELECCION NATURAL POR EL CRUZAMIENTO Y SUS FUTURAS CONSECUENCIAS.

Sostienen algunos que, siendo incontestablemente la raza caucásica la mejor que existe, todo cruzamiento la perjudica porque la degenera, y entonces preguntan si no sería mejor para los países americanos que estuviesen poblados únicamente por blancos. Pregunta del género tonto, porque aun después de resuelta por la afirmativa ¿qué nos aprovechaba en la práctica? ¿Procederíamos á exterminar los indios y los negros que tenemos, como ya lo quiso Don Julio Arboleda? ¿Destruiríamos también á todos los que en mayor ó menor grado tuviesen sangre indígena ó africana? En gran riesgo nos poníamos de dejar desierto nuestro país y la América toda, sin exceptuar á los Estados Unidos. Pues si es cierta la palabra del Dr. Madiedo, refiriéndose á blancos y negros: "Aquí tenemos unos más leche que café, otros más café que leche, y otros café tinto sin mezcla, pero leche pura, nadie." Y si suponemos que el azúcar prieto —es la dosis de indio que entra en el compuesto, y que por cierto es mucho mayor de lo que comúnmente se cree, veremos que lo importante no es formular hipótesis necias, sino averiguar cuál será el resultado —en relación con la especie humana y con el porvenir de estos países— de una fusión de sangre operada en tan vasta escala en el inmenso crisol del Nuevo Mundo.

Contesto que, en mi opinión, ese resultado será benéfico para la humanidad y también para las Naciones americanas. Me abstengo de alegar una razón que es decisiva para los creyentes: la de que el cruzamiento ha de ser

bueno desde que la Providencia lo permite; y que no sin algún fin provechoso fue para lo que se creó al indio y al negro. Los deterministas no dejarán de objetar que libres andan en la creación el bien y el mal, en combinaciones variables y en constante lucha, sin que nadie sepa cuál de los dos acabará por prevalecer. Pesimistas hay, como Vacher de Lapouge, que en toda selección social —militar, política, económica, religiosa y natural de raza— preveen un resultado desfavorable para la especie.

Bien sé que podría replicarse con San Agustín: "Dios es tan grande en los arcanos de su Providencia, que no permite el mal sino porque de Él sabe derivar el bien" lo que quiere decir que muchas veces nosotros calificamos de mal un orden de hechos, sólo porque la flaqueza de nuestra inteligencia no puede alcanzar las consecuencias finales, que son ordinariamente el bien. Los prejuicios y sistemas humanos, llenos de soberbia quieren enmendar la p'ana a la Naturaleza, y así perturban y retardan su acción, pero ella vence al cabo, y la ley natural, que es la ley divina, se cumple á despecho de las conveniencias humanas, incapaces de detenerla en su marcha hacia la plena y completa realización. Pasamos como una exhalación por el laboratorio de la vida, donde el Gran Químico tiene sus retortas, redomas y alambiques, llenos de líquidos distintos, en que se están operando misteriosas evoluciones que duran centenares de siglos, y nos permitimos, juzgar y criticar la operación solo por el estado en que la vemos en el segundo en que pasamos. Suficiencia vana!

Para fundar la consoladora previsión en que creo, prescindo de argumentos teológicos, y me apoyo en leyes naturales y hechos científicos bien establecidos. Partiendo del principio darwiniano de la selección de las especies, por la supervivencia de los más fuertes, no es posible suponer que la Naturaleza, organizadora de la vida con leyes inflexibles, hubiese hecho fecundos los cruzamientos humanos si no hubiese tenido en mira el mejoramiento de la especie. Sabido es que, aun cuando suele dar

producto la unión de dos organismos que tienen entre sí diferencias específicas, los híbridos son estériles, como lo comprueba el cruceamiento de asno y yegua ó de caballo y burra, que da mulas y machos, incapaces de reproducirse entre sí, y como lo comprueban los zebroides, hijos de la zebra y del caballo. Ahora bien, tanto el mulato como el hijo de indio y blanco, lejos de ser estériles, parecen poseer mayor facultad de multiplicación que las razas puras de donde proceden, lo que demuestra que la diferencia entre los troncos humanos es mero accidente, sin lo cual los hijos no se reproducirían.

Conforme á la misma ley darwiniana, las únicas transformaciones animales que fructifican y predominan son las que están más en armonía con el medio, esto es con las circunstancias locales en que han de ejercitarse las diversas funciones de la vida. Esta opinión, que ya el buen sentido abona, podemos confirmarla con hechos á la vista. Es cosa averiguada que no todas las razas tienen igual aptitud de aclimatación en los trópicos. El negro resiste mejor que el blanco, y el indígena debe considerarse como término medio entre los dos. Grado de calor y de humedad donde el negro está á sus anchas, sofoca al blanco, lo debilita por la abundante traspiración, lo hace accesible al paludismo, y lo mata ó degreda desde la primera ó segunda generación. Triste contraste es ver en una misma localidad al negro, al mulato, al indio ó al cruzado medrar contentos y robustos y á su descendencia pulular á tutiplén, mientras el pobre blanco anda anémico é hinchado y sus hijos flacos y nerviosos, ó gordos, pero de gordura flácida y linfática. Eso está indicando que si la raza blanca quiere conservar su superioridad, debe apelar al cruzamiento, que con el curso del tiempo, le comunicará el grado de fuerza que necesita para resistir el influjo deletéreo de los climas tropicales. Los últimos estudios hechos sobre esta materia llegan á tal extremo de minuciosidad que determinan que el mejor mestizo es aquel que resulta del tronco blanco eu-

que se haya infiltrado un quinto de sangre indígena ó africana.

Se dirá que eso es en cuanto á la parte material ó de la resistencia física pero que los mestizos presentan una irremediable inferioridad intelectual y moral, respecto al blanco puro. También esta observación podría ponerse de lado como improcedente. Si lo indispensable es vivir, y si para ello no todas las condiciones de la perfecta vida pueden lograrse, es necesario realizar aquella parte que está á nuestro alcance inmediato, confiando lo demás á las evoluciones seculares. Tenemos, por ahora los cuerpos sanos que el cruzamiento da, y esperemos que tarde ó temprano vendrán á alojarse en ellos mentes sanas. ¿Pero quién ha comprobado anatómica y fisiológicamente la inferioridad intelectual y moral de los mestizos? Quizá entre nosotros pudiera asegurarse, con infinitos ejemplos á la mano, que la proposición contraria es la verdadera. Pero aún admitiendo la existencia del fenómeno, lícito es distinguir entre la influencia que para producirlo tenga la Naturaleza y la que tenga la educación. Crece el mestizo pobre, semidesnudo y mal alimentado, sujeto á todas las reacciones deprimentes de un medio enemigo; no se cultivan por la instrucción y la educación sus facultades mentales y afectivas; y ya hombre, tropieza con preocupaciones sociales que son una barrera infranqueable para labrarse una posición. Hecha esta cuenta, ninguna gracia hace el blanco, para cuya formación esos obstáculos no existen, en ganar superioridad; y de que el mestizo no llegue allá, no puede deducirse que lo debe á deficiencia en su conformación cerebral.

Sobre los mestizos pesa exclusivamente la contribución de sangre, página oscura que cumple eliminar cuanto antes de nuestros anales, como causa de desmoralización, porque relaja el más poderoso lazo de unión de todas las sociedades, el respeto á la libertad individual, y porque perturba profundamente la base de la vida de familia.

Si de los cinco millones de colombianos, de-

ducimos uno de blancos y mestizos acomodados, tres de mujeres, medio compuesto de los menores de 20 años y de los mayores de 60, y un cuarto de incapaces para el servicio por enfermedad, ó por defectos físicos ó porque se emplean en profesiones liberales, tendremos que el impuesto de sangre recae sobre poco más de 200,000 individuos, á quienes abruma el reclutamiento, carga que sería insensible si por el servicio militar obligatorio, se repartiese en toda la masa de la población masculina útil.

¿Quién puede, por tanto, sostener con razón que, vistas estas causas que impiden la educación de los mestizos, por pobreza, por abandono y por la especulación de su trabajo, de su libertad y aun de su vida, presentan inferioridades incorregibles con respecto al blanco? Iguáleseles en cuidados y en protección legal y educativa, por un número suficiente de generaciones, y sólo después de ese largo experimento podrá fundarse una afirmación con carácter de científica.

Creo, en esta virtud, que no sabemos abrigar aprensiones ni recelos sobre nuestro porvenir, en lo que de la raza depende. Limitémonos á no alterar por preocupaciones y errores el proceso lento pero sabio de la Naturaleza. Dejemos que se derrame hacia nosotros el gran recipiente de población caucásica que es Europa; no provoquemos ni permitamos la entrada de un solo hombre más de las razas negra y amarilla; los africanos é indígenas puros que tenemos acabarán fatalmente por desaparecer; pero si fuéremos previsores y humanos, mezclaremos antes nuestra sangre con la suya para inyectarles las inmortalidades que ellos poseen contra el influjo destructor de nuestros climas cálidos.

Sobre todo, no trastorremos con guerras el curso de la evolución. La geología enseña que en el mundo físico la obra del fuego fue siempre perturbadora; produjo las cordilleras de granito, admirables á la vista, pero abruptas, duras y estériles como las glorias de las armas en el mundo moral. Las comarcas

fértils fueron hijas de los cielos de paz diurna en que las aguas elaboraron despacio las entradas regulares de los continentes. Tomemos los colombianos esa lección de la Naturaleza, ya que en lo físico y en lo geográfico somos una de las Naciones mejor situadas y más privilegiadas del planeta, y en lo intelectual una de las más distinguidas, procuremos ser también una gran Nación moral, no por la intervención del fuego, sino por los tranquilos y metódicos trabajos de las ciencias, de las artes y de la economía, que son absolutamente incompatibles con los lauros de la guerra, así se siguen en luchas extranjeras, como si se tienen con sangre de compatriotas.

RAFAEL URIBE URIBE.

Río de Janeiro, Febrero de 1907.

